

Un día, al salir del servicio, se paró a hablar en medio del Paseo frente a la puerta del Siro, con su amigo Córdoba —Esteban Córdoba Molina, capataz de las carboneras que hacía el servicio de noche cuando Núñez y él salían juntos—. Cuando llevaban tres horas salió el Siro de la taberna con dos sillas y dijo:

—Pa que se sienten ustés, que estoy cansao de verlos tanto tiempo de pie.

El Siro era sereno con Ulpiano, Miguel Mínguez, el Majo y otros asobinaos de los de agárrate que chispea, sin que se supiera nunca fijamente por dónde iban, pero era muy cumplido dentro de sus posibilidades y en esta ocasión deshizo la reunión, porque tenían que acostarse para tomar el servicio por la noche, y tan embebidos estaban que no se habían dado cuenta de lo mucho que avanzaba la mañana.

Otras veces, la expansión matutina tenía lugar dentro de la misma taberna, que estaba en las casas de Guerras, entre la Fonda, que no existía y la barbería del Manquillo, ocupadas por Emilio el Pámpano con su taberna en la esquina, mirando a la Estación y hacia aquí, la Estanquera, Encabo, Fructuoso el de la Rica, Caspirre y el Siro que era el más próximo al Manquillo, si bien había una o dos casas entre la taberna y la barbería, cuando estaban todas las casas intactas y don Juan no había decidido la enajenación que realizó a mil duritos la pieza, como cosa de gran fortuna por encontrar un comprador para la mayor parte que sólo las quería para revenderlas. El Siro ocupaba la casa que ahora es de Antonio Montealegre.

Grato recuerdo el del Siro —Alejandro Jiménez Maroto—, que llevó como apodo y continúa en vigor el nombre propio de su madre que se llamó Sira y fue la iniciadora en la familia del comercio verduleril, viviendo durante muchos años en una habitación de San Francisco que le llamaban el portal de San Diego, según hemos visto en otros trabajos.

Como en tantos otros casos alcazareños, en esta taberna fue muy importante la intervención de la mujer, que hizo frente a todo mientras el Siro andaba de noche con el chuzo o descansaba por el día.

La mujer del Siro, a la que recuerdo como de buenas cualidades y mejor disposición para tratar al público, era Gregoria la Perra —Gregoria Huertas Arias—, hija del tío Bernabé el Perro y hermana de Domingo, el padre del Cojo de la Carne y demás hermanos.

Uno de los motivos que más atraían al establecimiento de la Gregoria y que creo sería la primera en servir aquí imitando las costumbres de Madrid, eran los pájaros fritos, que vendía a cuatro perrillas pájaro y copa de vino en competencia con Perra (1) y solía exponer en una ventana que tenía la taberna a la derecha de su puerta, como de unos ochenta centímetros de alta y en la cual es como si estuviera viendo los hermosos tomates y pimientos de Alicante en épocas que aquí no los había y alguna que otra escuilla con tajadas fritas, que justificaban el rótulo del establecimiento que decía:

Alto aquí-Vinos y comidas-Taberna del Siro.

Cosas todas rigurosamente ciertas aunque las hayan olvidado más de cuatro chicos y chicas del Paseo de la Estación.

Dichas tajadas y hortalizas se veían veladas en el buen tiempo por una gasa de color de rosa que las separaba de las moscas.

(1) Perra el de la taberna, que no era Perro, como la Gregoria, pues eran castas distintas, unos los Perros y otros los Perras, aunque por igual alcazareños y entrañables, pero diferentes, como los Galgos y demás variantes caninas, los Perritos, la Tusa, etc., criados y cuidados con esmero por los pastores y cazadores del Lugar.